

Herrera, Martha Cecilia & Pertuz, Carol Juliette (2016). *Educación y políticas de la memoria en América Latina. Por una pedagogía más allá del paradigma del sujeto víctima*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.

por Diego H. Arias Gómez
 Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Colombia
 diegoarias8@gmail.com

Presentar un libro de este calado no es tarea sencilla por varios motivos. Primero, porque es un libro denso, extenso y rico en el que comentarlo corre la tentación de eludir la globalidad y detenerse en particularidades que desdibujan el conjunto. Segundo, porque es fruto de una intensa investigación con cantidad de datos y reflexiones que requieren tiempo para ser procesadas, así que cualquier acotación al mismo será una impresión preliminar o un boceto de provocación frente a un texto que amerita pausas, glosas y preguntas. Tercero, porque viene de lo profundo de dos colegas que aprecio mucho, Carol y Martha, y sobre un tema que me seduce, por tanto debo evitar la adulación irritante o el apunte mordaz tan común en nuestra academia.

Con estos pormenores emprendo la labor de presentar esta obra, primero a manera de síntesis de la misma para incentivar su lectura, y luego con algunas ideas, si se quiere sueltas, provocadoras frente a quienes nos interesamos en el tema de la memoria, los pasados en conflicto y sus posibilidades de enseñanza.

El texto “Educación y políticas de la memoria en América Latina. Por una pedagogía más allá del paradigma del sujeto víctima” de las profesora Martha Cecilia Herrera y Carol Juliette Pertuz consta de casi 400 páginas, 4 capítulos y 8 anexos (sobre los que me referiré más adelante). El contenido, fruto de una investigación financiada por la Universidad Pedagógica Nacional, pone a conversar la situación de Argentina, Chile y Colombia, a partir de la década del 70, los dos primeros países a propósito del padecimiento de cruentas dictaduras y Colombia en el marco de lo que las autoras llaman “una democracia restrictiva”. Las analogías de estos procesos son posibles en el marco del reconocimiento de importantes diferencias en los contextos históricos, en los antecedentes, en los protagonistas y en la profundidad de los padecimientos sufridos; pero hay hilos comunes, entre otros la motivación de las violencias, el ambiente internacional vivido, la fuerza del aparato represor para configurar subjetividades, las posibilidades de resistencia y sobre todo, según las autoras, en el tono con que, a distintos ritmos y tiempos, estos países miran a la distancia (lejana para unos y demasiado cercana para Colombia) sus dramas con el lente del sujeto-víctima. Valga afirmar que la situación de Colombia se vislumbra mucho más turbia en tanto los procesos de diálogo se dan aún en medio del conflicto y la confrontación social y armada.

El paradigma del sujeto-víctima que Martha y Carol rastrean y analizan con detalle en los tres países, es explicado en el marco de una presión internacional en pro del respeto a los derechos humanos, a la vez que gana consenso social y político el régimen democrático liberal en medio de la transición de discursos, testimonios y narrativas acallados e invisibilizados durante un periodo, pero legítimos, necesarios y aceptados en otro momento de la historia. Así, la memoria, especialmente en la década del 90 para los lugares del estudio, asume, no sin problemas, un espacio tensional en el que las víctimas, otrora desconocidas, irrumpían con la incomodidad de su voz en el escenario social para recordar los dramas vividos.

Sin embargo (y por ello el “más allá” del subtítulo del libro), el centrarse exclusivamente en el testimonio de las víctimas fue usado políticamente para a la vez que se individualizaba, magnificaba y aleccionaba sobre el dolor infligido, se escondían las dimensiones colectivas y estructurales que de alguna manera explicaban esos dolores individuales y colectivos. El paradigma del sujeto-víctima impulsado en todos los países por una enorme masa de por documentales, videos, literatura y testimonios que inundaron el espectro social, parece que busca resarcir moralmente (y en algunos

casos económicamente según la legislación de cada país) a quienes sufrieron la tortura, el desplazamiento, la persecución o la muerte, pero dejó indemnes los móviles y por tanto los órdenes económicos, culturales y políticos que explican la violencia política y el uso desmedido de la fuerza para silenciar proyectos alternativos. En palabras de las autoras:

Es así, entonces, como en el estudio de las políticas de la memoria es necesario leer la presencia/ausencia de las distintas memorias en disputa (incluidas las postuladas desde la perspectiva testimonial) y poner en consideración las memorias sociales que han contribuido a sus configuraciones en las diversas coyunturas históricas y las maneras como han hecho su ingreso en el campo de la memoria pública (pág. 51).

Sin embargo, en el libro no se renuncia a reivindicar el potencial del giro subjetivo, esto es, del potencial de las narrativas testimoniales pero con un encuadre diferente al que las políticas oficiales le han dado, porque el relato de las víctimas o de quienes han sido testigos de situaciones límite también se ha convertido en el escenario para que se identifiquen a los culpables de las atrocidades. En este sentido, las autoras nos detallan la manera como obras de literatura que recogen informes testimoniales han sido usados para procesos judiciales en Argentina y en Colombia, también en cómo este tipo de registros son los que han sido privilegiados para ingresar a la escuela, con sus potencialidades y limitaciones.

En palabras de Federico Lorenz, en un sugestivo texto titulado “Rechazo del premio consuelo. Sobre la memoria como fin”, hay que distinguir la memoria como objetivo político y la memoria como instrumento para alcanzar un objetivo político, pues la memoria no puede ser la medalla tranquilizadora frente a la derrota social e histórica; hay que preguntarse si la visibilización de los relatos de las víctimas es suficiente; según el autor hay que cuestionarse si el exagerado énfasis en la subjetividad, importante para abordar aristas de la historia reciente, no conduce al mismo tiempo a que la historia se fragmente al punto de formarse una sumatoria de micro relatos que la vuelven ilegible; hay que increpar que quedó de aquel proyecto por el que muchos entregaron sus vidas.

Por otra parte Carol y Martha establecen una importante diferencia entre políticas públicas de la memoria, memoria pública y memoria oficial, aspecto que vale la pena abordar por los interesados en el tema. También se postula, en la lógica de la pedagogía de la memoria, la importancia de escenarios no escolares como lugares definidores de actitudes, comportamientos y pensamientos sobre el pasado reciente, aquí es destacable la tarea juiciosa de descripción que se hace, en cada país, de los museos y sitios emblemáticos de la memoria, no solo como núcleos de debate entre los actores sociales por establecer una versión legítima del pasado, sino como ambientes pedagógicos que inobjetablemente entran en el juego de la enseñanza y aprendizaje de la historia cercana.

El libro es un texto obligado para quienes se preocupan en el tema de la memoria en América Latina y Colombia, hace un ejercicio de síntesis de los procesos de transición en Chile y Argentina, de las políticas de la memoria en estos países y de la dinámica de la educación desde la escuela formal y otros agentes educativos. En esta línea resalto el papel otorgado a los movimientos sociales, los organismos de derechos humanos y los grupos y colectivos sociales organizados en torno a los derechos humanos y la valoración del papel de las víctimas, que han tenido una fuerza moral y política destacada en la configuración de las memorias públicas, incluso de las políticas oficiales de la memoria y sobre la enseñanza sobre pasados traumáticos. Obnubilados por los tentáculos del poder y sus muchos recursos, muchas veces desconocemos y contribuimos a cegar las múltiples iniciativas de resistencia que proliferan en los territorios a lo largo y ancho del continente y que convierten el dolor en propuestas y en estéticas de denuncia. Carol y Martha dejan huella de este legado.

Otra novedad que quiero resaltar es la juiciosa propuesta didáctica que ocupa la última parte del libro: 8 anexos con más de 100 páginas de extensión que guardan plena coherencia con los análisis presentados previamente, en el sentido de incorporar la literatura, el cine, la narrativa, el arte como texto y como pretexto para ser trabajados en espacios de educación formal o no formal. Aquí las autoras nos regalan un copioso material de ayuda con cantidad de títulos, preguntas y tips para aterrizar las problematizaciones inherentes a la formación sobre el pasado reciente. Los tres

primeros anexos son actividades para procurar la comprensión de la complejidad del pasado reciente: indagación crítica, lectura intertextual y producción de narrativas; los cuatro siguientes son unidades didácticas completas que versan sobre el genocidio, los centros clandestinos, las identidades robadas y el camino de la paz. Siempre presentando casos de los tres países, sugerencias de elaboraciones complementarias, preguntas para el diálogo e invitación a la producción narrativa de los implicados, especialmente estudiantes. El último anexo es una guía útil para ubicar instituciones, iniciativas y organizaciones sobre la memoria en los tres países.

Finalmente, las autoras quedan en deuda continuar con excelentes estudios a futuro como estos, cargados de rigor y de amena lectura, con el tópico de la memoria y la educación, tan urgentes como necesarios para este país que se demora en pasar la página de la violencia. Según la Defensoría del Pueblo, con 120 líderes y defensores de derechos humanos asesinados en los últimos 14 meses, estamos lejos de considerar la violencia política como un asunto del pasado.

Para terminar, retomo algunas palabras del prólogo de Inés Dussel, quien evocando a Benjamin, anticipa los propósitos de la obra, y nos convoca al indicar que cada generación tiene una cita con el pasado, y que nos toca a los educadores dejar que cada grupo de niños y jóvenes asuma la suya, por ello nuestra mayor responsabilidad sea darles recursos y condiciones para entiendan mejor esos contextos y puedan, a su vez, a generar otros, ojalá más acogedores y democráticos que los que nos tocó vivir. A tono con Dussel, entiendo el aporte de Martha Herrera y Carol Pertuz, condensado en este bonito libro, como un aporte para entender y transformar el presente que nos corresponde vivir.